

ludable ejercicio. Gobernaba entonces el arzobispado por ausencia del Sr. Illmo. D. Mateo Segue de Burgueiros, que desde el 2 de abril del año antecedente habia sido llamado por S. M. á los reinos de Castilla, el Lic. D. Alonso Ortiz de Oraa, que vino en ello gustosamente destinando para la comunión general el cuarto domingo de cuaresma, que fué en aquel año dia del gloriosísimo Patriarca Sr. S. José. El Exmo. Sr. conde de Baños, virey entonces de estos reinos, y muchos Sres. prebendados quisieron autorizar con su presencia esta primera función. Siguiendo un ejemplo tan ilustre los ministros reales y personas mas distinguidas de la república, confundidos con la misma plebe cantaban por las calles sin vergüenza alguna los misterios de nuestra fé santísima. Era un espectáculo de mucha edificación y que sacaba piadosas lágrimas á los hombres cuerdos y devotos, ver el orgullo y grandeza del mundo, convertido en la infancia y simplicidad evangélica. Acabada esta devota procesion, desde el colegio máximo hasta la Casa Profesa, seguia la esplicación de la doctrina en aquella iglesia y en muchas otras que señaló el ordinario. La semilla de la palabra divina, que cuando se oye con sinceridad, y se predica con pureza y fervor, jamás deja de producir frutos dignos de penitencia, fué en esta ocasión en que estaba el terreno bien dispuesto, infinitamente mas fecunda. Atendiendo á la innumerable multitud de los que oian las pláticas, y se confesaban para ganar el Jubileo, se hubo de estender la comunión á trece iglesias, que fueron: la Catedral, Santa Catarina Mártir, la Santa Veracruz, la Santísima Trinidad, y los conventos de religiosas de la Concepcion, Regina, la Encarnacion, S. Lorenzo, S. Bernardo, S. José de Gracia y Jesus María, fuera de nuestra Casa Profesa y el colegio máximo. En todas estas iglesias, segun el cómputo que se pudo hacer por las formas, pasó el número de comuniones de cuarenta y ocho mil y quinientas.

Y ya que con la ocasión de este Jubileo hemos hablado del fervor y cristiana piedad del Exmo. Sr. D. Juan de Leiba, conde de Baños, no debemos pasar en silencio los grandes ejemplos con que por estos mismos tiempos autorizaba y promovia la venerable congregación de la Purísima. En 15 de enero, en que se celebró este año la fiesta principal de la congregación, habiendo S. E. comulgado en la iglesia con los demas congregantes, recibió su patente con singular veneración. Asistia (dice un papel de aquellos tiempos) á los ejercicios de la Purísima con indispensable puntualidad. Aun estando fuera de México, en S.

Agustin de las Cuevas ó algun otro lugar de la comarca, venia puntualmente todos los martes. Habia ido S. E. por algunos dias al santuario de los Remedios, mas de tres leguas distante de la ciudad de México. † Estando en la mesa, cerca de las dos de la tarde, se acordó que era martes, y al punto mandó poner el coche para asistir á congregación. Por mucha prisa que se dieron los cocheros, llegó cuando el padre prefecto estaba ya haciendo la acostumbrada plática. Por no interrumpirle ni inquietar el devoto concurso, quiso quedarse junto á la puerta y sentarse en una de las últimas bancas, y lo hubiera hecho si el padre con una cortesana violencia no le hubiera obligado á subir á la silla que siempre tenia preparada conforme á su carácter. Aun fué mayor el ejemplo de su moderación en otro lance. Entraba un dia á la capilla de la congregación hablando con el padre provincial que habia bajado á recibirle. El celador, con mas sencillez que discreción, le advirtió, como lo hace con los demas cuando faltan á esta regla, y el piadosísimo virey sin hablar mas palabra ni mostrar aun en el semblante la mas ligera indisposición, se apartó de los padres y tomó su lugar. Era singular la edificación con que asistia á los hospitales y servia la vianda á los enfermos besando el pan antes de dárselos, y si el enfermo era sacerdote, hincando tambien la rodilla, y besándoles la mano. A los ordinarios platos que costeaba la congregación, añadia siempre una ó dos grandes fuentes de cajas de dulce y otras cosas exquisitas de su reposteria que se daba al fin de la cena, y considerable suma de reales para repartirse entre los pobres. Partiendo despues á los reinos de Castilla, se despidió con ternura de su amada congregación, encomendándose á sus oraciones, y lo mismo desde Madrid en cartas de grande familiaridad y confianza, escritas al padre Antonio Nuñez de Miranda, ya entonces prefecto, que se guardan con singular aprecio en el archivo de la Purísima. Ejemplos de moderación y de piedad que hemos escrito con gusto, para desvanecer las preocupaciones que acaso se tienen contra la persona de un virey de los mas ejemplares y justos que han venido á las Indias. Ni el éxito de su gobierno deberá hacer alguna fuerza á quien supiere, como debe atribuirlo mas á la *inconsiderada juventud de D. Pedro de Leiba, su hijo*, que á la notoria piedad y justificada conducta de su excelentísimo padre.

† Solian ir los vireyes al santuario de los Remedios á hacer novenas, y se estaban allí temporadas.

Aun en esta ocasion se manifestó bastantemente su cristiana moderacion, su grandeza de alma y su generosidad, de espíritu superior á la fortuna, y mucho mas despues que en Madrid, en medio de la prosperidad y de la honra, lo renunció todo por consagrarse á Dios en el estado religioso entre los Carmelitas descalzos.

Congregacion provincial.

Por el mes de noviembre, cumplidos ya los nueve años de la última congregacion, no pareció poderse diferir por mas tiempo enviar á Roma procuradores que informasen del estado de la provincia; tanto mas, cuanto elevado poco ántes al supremo cargo de la Compañía el padre Juan Pablo Oliva, y criados nuevos asistentes, eran mas necesarios estos informes. Por otra parte, las graves necesidades en que se veia la provincia, obligaba á escusar cuanto fuese posible de gastos á los colegios distantes. En esta consideracion, el padre provincial Pedro Antonio Diaz, tomado ántes el dictámen de los padres consultores, se determinó á celebrar una congregacion abreviada, digámoslo así, y compuesta solamente de los vocales que se hallaban en México y en los colegios vecinos de Puebla y Tepotzotlán. Se destinó para principio de la congregacion el dia 12 de noviembre, en que fué elegido secretario el padre Francisco Jimenez, y luego al 14, procuradores los padres Lorenzo de Alvarado y Bernardo Pardo.

Muerte del padre Horacio Carocci.

Pocos meses ántes habia muerto en el colegio de Tepotzotlán, en que vivia retirado casi toda su vida el padre Horacio Carocci, natural de Florencia, de sesenta años de religion y ochenta y dos de edad, uno de los sugetos mas grandes que ha tenido esta provincia, tanto en virtud, como en todo género de literatura. Excelente en las lenguas latina, griega y hebrea, no ménos que en la otomí, mazagua y mexicana, en que dejó mucho escrito de grande alivio para los ministros de indios. Era de los sugetos de mayores esperanzas en la provincia romana en que en las letras humanas se miraban como sus discípulos los mejores y mas floridos ingenios de aquel tiempo: Leon Sancti, Alejandro Donato, Constancio Pulchareli, y otros muchos cuyas obras se ven en el Parnaso Jesuítico. Esta misma cultura poseia en la historia geométrica, música y filosofia, y en la teología muy singularmente. Estas brillantes cualidades solo sirvieron en la Nueva-España de realzar su humildad y su celo, sofocándolas todas en el retiro y soledad de un pueblo despreciable, y sacrificándolas al trato y grosera comunión de los indios otomites y mexicanos de Tepotzotlán y sus contornos. Constantísimo en la distribucion religiosa, y grande aprecia-

dor del tiempo, de que no dejaba pasar la menor partícula. Entregado á estos ministerios de caridad, y al cultivo de los indios le sobrevino la última enfermedad, de que murió dejando llena la provincia del suave olor de su religiosa vida. El padre Pedro de Valencia, rector del colegio de Tepotzotlán, escribió una larga carta de sus virtudes; pero en que refiriéndose á otra antecedente nos deja ignorantes del mes y dia de su muerte. La carta es de 17 de setiembre de 1662.

En los partidos de misiones se padecia mucho en estos tiempos con las grandes hambres y epidemias, que comunicándose cuasi sin interrupcion de unas á otras naciones, asolaban aquellos pueblos, singularmente Taraumares y Lagunaras. Entre estos últimos, desde el año de 1652, en que se entregaron á ministros clérigos aquellas misiones, no habia quedado sino la residencia de Parras, aunque sin la administracion; sin embargo, todos los del lugar y de los pueblos vecinos, recurrían frecuentemente á los padres que los habian engendrado en Jesucristo, principalmente en el trance de la muerte. Sabiendo que en algunos pueblos distantes ocho y catorce leguas de la cabecera, morian algunos mas que por la enfermedad, por la desnudez y el desabrigo, se enviaron de nuestro colegio cantidad de frazadas, mantas y otros semejantes géneros de que visten los indios, con alguna porcion de maiz y otros usuales alimentos. El párroco, que actualmente se hallaba en aquellos lugares, y por cuya mano corrió la distribucion de estas limosnas, dió luego las gracias á los padres que con su ejemplo animaron á algunos de los vecinos á semejantes oficios de caridad con notable alivio de los enfermos. A este provecho temporal se añadian otros espirituales mucho mas recomendables. Algunos indios cuahuilas que habitan al Oriente de los laguneros atraidos de esta liberalidad venian á sus rancherías distantes y haciendas en que servian, á ser instruidos en la fé, y recibir el bautismo, con que insensiblemente se iban dilatando ácia el Nuevo-México las espirituales conquistas. De los que murieron entre los taraumares, fué muy singular la disposicion de D. Francisco, cacique y gobernador del pueblo de las Bocas, indio muy racional, de una cristiandad y de un celo á prueba de los mayores peligros, y que en las dos sediciones de sus naturales sucedidas los años antecedentes habia resistido con valor á las solicitaciones de los demas pueblos casi todos conjurados y conservado á sus gentes en el respeto y obediencia á sus ministros y demas legítimos superiores. Tocado del contagio y recibidos los Sacramentos últimos, hizo llamar á su

Epidemia en Parras y Taraumara.

casa á todo el pueblo, á quien hizo con una voz entera un discurso muy patético, enseñándoles á estimar el grande beneficio que Dios les hacia en el bautismo, exhortando á la pureza de la fé, á la enmienda de las costumbres, á la obediencia y fidelidad á sus mayores. Acabó pidiendo humildemente perdon de las faltas que acaso hubiese cometido en el ejercicio de su cargo, y entre las lágrimas y sollozos de toda la muchedumbre que le amaba como á padre, y aun del mismo misionero edificado de tan sólida piedad, haciendo fervorosos actos de contricion, y hablando afectuosísimamente con un crucifijo que tenia en las manos, murió dentro de poco.

Muerte edificativa de un español.

Por este mismo tiempo un español anciano, sintiéndose herido de la enfermedad quiso venirse al mismo pueblo por lograr la comodidad de un sacerdote. Vino efectivamente con singular gusto del padre y notable edificacion de todo el lugar, en que murió dentro de algunos dias, dejando muy seguras prendas de su salvacion. Es muy singular el favor que recibió de la Santísima Virgen para no darle lugar en esta relacion. Habia sido en su juventud molesto gravísimamente de tentaciones impuras. Para estar mas léjos de este peligro, hizo á la Santísima Virgen voto de castidad; pero se agravó mucho mas la tentacion y llegó á términos de entrarse una deshonesta muger á provocarle. Hallábase el infeliz ya al bordo del precipicio, cuando se acordó del voto que tenia hecho á la Santísima Señora. Entonces sin de liberar, ántes indignado contra sí mismo y contra aquella infame mugercilla, la arrojó de sí con desprecio. El premio de este heroico vencimiento, fué el singularísimo privilegio de no solo no caer, pero ni aun sentir en más de cincuenta años que vivió despues la mayor inclinacion á este vicio vergonzoso, viviendo siempre soltero, y entre la libertad del campo y reales de minas.

Los indios del Tizonazo, que admiraba el padre Bernabé de Soto, no bien reducidos á quietud despues de los pasados motines en que habian tenido tanta parte, se rindieron por fin á los ejemplos de caridad que vieron en este fervoroso misionero en el tiempo de la epidemia con que los visitó el Señor. La misma fortuna corrieron los vecinos pueblos de los tepehuanes, en que tuvieron mucha materia de merecimientos los padres Juan Ortiz de Zapata en Santa Catarina, Pedro Suarez en Papáquitáro, y en el Zape el padre Francisco de Mendoza. Este misionero es el que escribió la historia que tenemos manuscrita de la Concepcion, que se venera en dicho pueblo, y de que hemos hecho

memoria en otra parte. La devocion tiernísima del padre para con la soberana Virgen, le hacia ocurrir á ella y exhortar á todos á lo mismo con la esperiencia de su constante proteccion. Este mismo ministro pasó al real de Guanasebi, donde entre los españoles habia prendido la peste con mayor rigor. Aconteció aquí que habiendo oido un fervoroso sermón una doncella jóven de lo principal del real, y movida de la Divina gracia, entró en su casa cortándose las pulseras y gargantilla de perlas, y diciendo en alta voz: . . . . Quien debe, que pague. Perseveró en aquellos mismos propósitos como dos meses y medio, despues de los cuales, herida del contagio, murió con singulares muestras de predestinacion. Con esta y otras muchas muertes crecia cada dia mas la afliccion de los vecinos que no hallaban ya remedio alguno en lo humano contra la violencia del mal. Resolvieron escoger por suertes algun santo por patron del Real, con voto de hacerle una solemne fiesta cada año. Entre las muchas cédulas que se echaron, solo un soldado vizcaíno se acordó de N. P. S. Ignacio, y efectivamente, fué el que salió con la suerte, no sin grande admiracion de todos. Creció ésta mucho mas cuando despues se supo por algunos antiguos vecinos, que cerca de cuarenta años ántes, con semejante ocasion y en circunstancias semejantes, habia tambien salido electo el Santo por patron de Guanasebi, aunque despues se habian olvidado y dejado de celebrar la fiesta prometida. Por recompensar, pues, el descuido é ingratitude pasada, juraron solemnemente al Santo fundador de la Compañía, animados tanto mas, quanto creyeron que las epidemias que se habian seguido, podian ser castigo de su poco agradecimiento á tan benéfico protector.

El real de Guanasebi escoge por patron á S. Ignacio.

En el real de Cozalá, perteneciente al partido de S. Andrés, aunque no con tanto furor, no dejó tambien de hacer la enfermedad considerable estrago. El padre Alvaro Pardo, ministro del pueblo de S. Francisco de Piuba, distante de allí ocho leguas de mal camino, llevado de su ardiente caridad, no dejaba de pasar allá alguna vez entre año á peticion del mismo párroco. Era el padre Pardo un misionero fervoroso, activo, y de una sencillez de corazón muy á propósito para que el Señor le hiciera grandes favores. Entre los demas enfermos, habia un español á quien un continuo delirio no daba lugar á disponerse y recibir los santos Sacramentos. El padre, afligido, le visitó muchas veces, pero lo hallaba cada dia mas incapaz de alguna cristiana disposicion. La solicitud del rebaño que tenia á su cuidado, no le permitia detener-

6391

se mucho tiempo en Cozalá, y por otra parte le era muy doloroso dejar sin remedio aquella, por no haber entónces otro sacerdote en el lugar. Volvió á visitar al enfermo, y hallándolo en el mismo estado, arrebatado del dolor, se hincó ante un Crucifijo que estaba á la cabecera del enfermo, y con lágrimas en los ojos, se quejó amorosamente al Señor, que cómo le hacia partirse con aquel desconsuelo despues de tanto cansancio. Hecha esta breve oracion, se levantó, y con una voz llena de confianza le llamó por su nombre, preguntándole que si queria confesarse. ¡Cosa admirable! El frenético volvió con quietud los ojos al padre, y prorumpiendo en lágrimas despues de una corta suspension. . . . Si, padre, dijo á gritos, confesarme quiero. Llenáronse de asombro los circunstantes, y el misionero, con otro tanto consuelo, le oyó muy despacio su confesion, acompañada desde el principio hasta el fin de un amarguísimo llanto. No fué menor el que consiguió el mismo padre de un mulato malvado y fiero, á quien ni la justicia ni algun otro poder humano habia sido bastante para hacerle entregar una muger que tenia oculta en los montes con público escándalo de todos aquellos pueblos. Lo encontró por su dicha el padre Pardo, y revestido del espíritu de Dios, le reprendió su mala vida y le mandó que al instante trajese á su presencia á la muger. El hombre, aturdido como al golpe de un rayo, quedó mirando al padre con demostracion de mucho espanto, y respondió: . . . Si, padre, yo me compondré y la traeré. El misionero, gozosísimo, comunicó la noticia á todo el real, en que era pública la culpa. Reíanse todos de su simplicidad, diciendo que le engañaba como á tantos otros. Pero ¡cuál fué la admiracion cuando aquel bárbaro, convertido en un manso cordero, con presencia de todo el real, llevó la muger al padre para que la depositara, como lo hizo, en casa de su satisfaccion. No contento con esto, procuró que volviese á la amistad de Dios por medio de la confesion, y haciéndole tomar el estado de matrimonio, dejó un edificativo cristiano, al que miraban todos ántes como á un hombre réprobo y destinado al infierno.

1663.

Desde fines del año de 62 comenzó á sentirse el contágio en los pueblos de la Topía, hasta casi la mitad del de 63. El padre Ignacio de Medina, que administraba el partido de Otaiz, y que por particular encargo de los Sres. obispos tenia á su cuidado el presidio de S. Hipólito y real de Guapijupe, á pesar de los caminos impracticables y de la violencia de la peste, corria incesantemente de unos á otros pueblos para el socorro de las almas. Una fatiga tan continua, añadido el aire

inficionado que respiraba en las humildes chozas de los enfermos, le derribó bien presto en la cama; pero el fervoroso misionero, teniéndose por dichoso de dar la vida en un oficio de tanta caridad, no bien se sintió con algunas fuerzas, cuando volvió con mayores brios á su ministerio apostólico. Pasmábanse los españoles, y aun los mismos de verle mas muerto que vivo tolerar las incomodidades del cielo y del terreno, y menospreciar su propia vida por asistirles, supliendo la robustez del espíritu la debilidad de sus fuerzas. Cayó finalmente segunda vez, y llegando hasta los últimos términos de la vida, quiso el Señor que se libertase para el remedio de tantas almas á quienes no asistia otro sacerdote. En el real se habian hecho muchas plegarias y devotas procesiones para aplacar la ira del cielo; pero proseguia con rigor la peste, permitiéndolo así Dios para mayor gloria de su nombre. En uno de los dias de su convalecencia, leia por accidente el padre un libro de varios prodigios de S. Francisco Javier, que tres años ántes habia impreso para dilatar su devocion la congregacion mexicana. Animado con los grandes fervores que allí se cuentan en casos semejantes, propuso á los del real que se encomendasen á este nuevo apóstol, disponiendo desde el dia siguiente un novenario. Una nueva luz de esperanza rayó repentinamente en los ánimos consternados. Hicieron con gran devocion y confianza el novenario, y al fin sacaron en procesion la imágen del Santo con tan sensible efecto, que ni en el real ni en los otros pueblos del partido de Otaiz, murió desde aquel mismo dia sino solo uno de los contagiados. Los naturales de Santa María de Otaiz tenian muy merecida la proteccion del cielo por su singular piedad y aprecio que hacian de la fé cristiana, sin acceder jamás por ruegos ni aun por vejaciones al partido de algunos apóstatas tepehuanes y gentiles vecinos. Habiendo padecido en estos mismos años algunas incursiones de estos bárbaros, que habian saqueado y quemado con muerte de algunos indios el pueblo de S. Márcos, se les persuadia á que mudasen de situacion léjos de aquellas gentes; pero respondieron ellos á los padres y ministros reales que estaban resueltos á vivir y morir en aquel sitio donde habian sido bautizados, y donde los habia puesto y descansaba entre ellos su primer padre y fundador de aquella cristiandad. Hablaban del apostólico padre Pedro Gravina, uno de los varones mas santos y de los mas fervorosos misioneros que han ilustrado nuestra provincia.

Era ya por este tiempo muy conocido en México el fervoroso celo Misiones del

padre José Vidal.

Este insigne jesuita, no contentó con la diaria tarea de su cátedra, en que no ménos con sus letras que con el ejemplo de su piedad, formaba tan bellos sugetos á la república y á la Iglesia, el tiempo de las vacaciones en que podía lograr algun descanso, lo ocupaba en piadosas escursiones á los pueblos vecinos, que corria con suma edificacion, haciendo misiones y esplicando la doctrina cristiana. Habia ya desde algun tiempo ántes propuesto rendidamente á los superiores la lustrosa ocupacion de las cátedras y representándoles las vivas voces con que lo llamaba el Señor al ministerio de evangelizar los pobres. Decia, que el haber admitido dos cursos de filosofia en el colegio máximo, y las cátedras de escritura y teología moral, no habia sido con otra mira que la de honrar el ejercicio de las misiones circulares, como lo practicaba S. Pablo, para que ninguno creyese que era ministerio ménos decoroso en la Compañía visitar las cárceles, acompañar á los ajusticiados, juntar con una campanilla en las manos los niños y la ínfima plebe por los barrios; que viendo un maestro de teología á los ignorantes y gente humilde los rudimentos de la fé, se formaria idea mas sublime de este santísimo y provechosísimo empleo, y entre los mismos jesuitas se confirmarian algunos espíritus débiles para no creer que abatian sus talentos por ocuparse en lo que se ha mirado siempre como el principal y mas importante y recomendado ejercicio de nuestro santo instituto. Mientras no juzgaron los superiores deber condescender con sus deseos, se consolaba con estos menores ensayos. En este año de 63 habia determinado ocupar los dias de vacaciones en hacer una mision algo mas remota que las de otros años en la villa de S. Miguel el Grande, donde lo habian solicitado con ansia. Efectivamente, partió para allá la víspera de S. Agustin; pero la hambre piadosa de los pueblos y lugares intermedios, y el copioso fruto con que bendecia el Señor sus trabajos, junto con la cortedad del tiempo, no le permitieron llegar á la villa de S. Miguel. Los vecinos del real de minas de los Pozos, luego que supieron la llegada del padre, corrieron en tropa á suplicarle quisiese hacerles una mision en aquel lugar bastantemente, decian, necesitado de un socorro semejante. Escusábanse modestamente los misioneros, parte por estrecharseles el tiempo, y principalmente por no tener el beneplácito del párroco, sin el cual no podian tomarse la licencia de hacer mision en su territorio. El fervor de aquellas buenas gentes venció esta dificultad. Pasaron inmediatamente á verse con su párroco, el cual no ménos edi-

ficado de la modestia de los dos jesuitas, que gozoso de los buenos deseos y feliz disposición de sus feligreses, pasó luego á ofrecer á los padres, no solo la licencia, sino á suplicarles con las mas vivas instancias que hiciesen la mision, de que quizá no se le ofreceria ocasion semejante en muchos años. El fruto fué muy igual á las buenas disposiciones del rebaño y á las piadosas intenciones del pastor, y quiso tomarse una gran parte en todos los ejercicios de la mision.

En la Casa Profesa de México falleció el padre José Collantes, natural de Leon en Castilla. Por espacio de doce años se ocupó en las misiones de Sinaloa en la reduccion y conversion de los chinipas. Entró el padre á esta nacion en circunstancias bastante criticas y en que hubiera desmayado cualquier espíritu ménos fervoroso. Halló quemadas muchas iglesias, asoladas las mas rancherías, huidos los indios y fresca aun la sangre de sus antecesores los padres Julio Pascual y Manuel Martinez. La dulzura y la constancia del misionero, atrajo de nuevo á los indios atemorizados, aunque por la mayor parte inocentes. Restableció los pueblos é iglesias, y casi formó de nuevo aquella cristiandad. Llamado despues á la provincia, aunque por su humildad que le hacia creerse inepto para los demas ministerios, se ofreció á leer perpetuamente la ínfima clase de gramática, lo destinó la obediencia á la Casa Profesa, donde en diez y nueve años que sobrevivió, dejó singulares ejemplos de religiosas virtudes, y de una incansable aplicacion al ministerio de las cárceles. Su caridad para con aquella gente infeliz le sugirió arbitrios para introducir la agua, de que á veces padecian extrema necesidad en la cárcel de corte. No fué ménos admirable su constancia en el catequismo y esplicacion de la doctrina cristiana todos los domingos del año en la plaza y barrios de la ciudad. Murió con singular opinion de virtud el día 15 de octubre.

Poco tiempo ántes habia faltado en el colegio máximo el espiritual y devoto padre Pedro Juan Castini, natural de Placencia del Pó en Italia, y primer apóstol de los chinipas, huítes y otras naciones en la provincia de Sinaloa, donde trabajó muchos años. Fué muy singular su devocion á la Santísima Virgen que procuró arraigar en los corazones de sus neófitos, y promovió despues veintidos años en la congregacion que fundó de la Purísima con prudentísimas constituciones y ministerios utilísimos. Falleció el día 23 de setiembre. La venerable congregacion de S. Pedro, que hizo el convite á sus ilustres miembros para asistir á las dichas honras, no dudó llamarle padre común de la

Muerte del P. José Collantes.

Muerte del padre Pedro Juan Castini.

clerecía, una de las columnas mas sólidas de la Compañía de Jesus y dechado de toda perfeccion. El venerable padre Bernardo Pardo, rector entónces del colegio máximo, imprimió carta de sus singulares virtudes, y como á uno de los mas esclarecidos sugetos de esta provincia insertó su vida el padre José Cassani en el tomo de sus varones ilustres, á que por ahora nos remitimos. Habia el padre Castini, poco ántes de morir, añadido nuevos motivos de fervor y devocion entre sus congregantes de la Purísima con la esclavitud de los Cinco Señores que habia intentado incorporar en ella para hacer mas universal y entender á las mugeres el fruto espiritual de muchas gracias é indulgencias que á aquella gloriosa esclavitud habia concedido la sede apostólica. Esta piadosa invencion tuvo principio en el colegio de Florencia, capital de Toscana, donde se erigió primeramente con beneplácito y confirmacion de N. S. P. Urbano VIII. Despues á su imitacion se formó otra en la América Meridional, en la ciudad de Santiago, capital del reino del Chile, que confirmó asimismo y enriqueció con muchas indulgencias la santidad de Inocencio X. Estos ejemplares animaron la devocion del padre prefecto y congregaciones de la Purísima, que desde luego se prescribieron algunas devociones y obras de caridad en obsequio de los cinco gloriosísimos Señores. Entre tanto, se recurrió á la santidad del Sr. Alejandro VII, suplicándose se dignase admitirlas bajo su proteccion, aprobando con su apostólica autoridad su ereccion, reglas y piadosos ejercicios, y enriqueciéndola con particulares gracias, como se consiguió felizmente, aunque algun tiempo despues de la muerte del padre Juan Pedro Castini, como veremos adelante.

Principio de la esclavitud de los Cinco Señores.

No eran ménos considerables los aumentos que por este tiempo habia ya tomado la ilustre congregacion de S. Francisco Javier. A los otros ejercicios de piedad en que se habian los congregantes ocupado hasta entónces, se agregó este año una concordia espiritual ó capellanía perpetua de misas, en que cada uno de los sacerdotes matriculados en los libros de la congregacion, se obligaban á ayudarse mutuamente con dos misas cada año, una por los vivos y otra por los difuntos. La codicia santa de un tesoro semejante atrajo innumerables sacerdotes del reino, y fuera de él á incorporarse en esta utilísima hermandad.

No quedó fuera de esta participacion nuestra provincia, á quien la mexicana congregacion de S. Francisco Javier procuró siempre distinguir con demostraciones del mayor aprecio. Es una prueba de esto la patente que en nombre de todo aquel devoto cuerpo se envió al padre provincial, y que insertamos aquí á la letra.

La piadosa y venerable congregacion del apóstol de la India S. Francisco Javier, fundada con autoridad apostólica en la parroquia de la Santa Veracruz de esta ciudad, y concordia espiritual de la capellanía perpetua de misas y sufragios por vivos y difuntos, á imitacion del monte de piedad y capellanía perpetua, que fundó en Santa Fé de Bogotá del nuevo reino de Granada un religioso de la Compañía de Jesus. Ganancia tan sagrada y que tan piadosamente han abrazado los católicos de este reino, que pasan ya de treinta mil las misas en cada un año, y con la esperanza en Dios nuestro Señor dé mayor aumento corriendo los dias, y multiplicándose las personas; y reconociendo que los reverendos padres, religiosos de la Compañía de Jesus, nuestros mas principales y primeros protectores y principiadores de esta santa obra, y á quienes todas las nuestras deben el ejemplo, enseñanza y mayor aumento, en gratificacion de que estos reverendos padres impetraron las bulas apostólicas y todas las gracias é indulgencias que hoy goza nuestra congregacion, y aun esperamos de sus paternidades, y mediante su solicitud, nuevas gracias y favores de su Santidad, con la veneracion y decencia que á tan venerables padres es debida, y por la obligacion y agradecida que nos corre; por la presente, y de comun estimacion y gusto de toda nuestra congregacion y concordia, recibimos y admitimos á una y otra á todos los dichos venerables padres de la sagrada Compañía de Jesus, para que sus paternidades gocen y sean participantes de todas las gracias, indulgencias, obras pias y demas ejercicios de nuestra congregacion, y del número de misas, y sufragios de nuestra concordia; y pedimos á sus paternidades sean servidos de recibir esta nuestra gratificacion y afecto. Fecha en México á 1.º dia del mes de marzo de 1669.—*Lic. Diego de Céspedes.*—Por mandado del Sr. primiciero.—*Br. Luis de Becerra*, secretario.

El Jubileo de las doctrinas, que dos años ántes se habia fijado al dia 19 de marzo, y que por haber caido en semana santa se habia omitido el año antecedente, tuvo en este incomparablemente mayor aceptacion y utilidad. La procesion de doctrina cristiana se dispuso para la tarde del 12 de marzo, saliendo de nuestra Casa Profesa para la Santa Iglesia Catedral, cuyo venerable dean y cabildo habian suplicado se difiriese hasta concluir los divinos oficios, porque deseaban salir á recibirla á las puertas de la iglesia; honor sin ejemplar, no tanto al innumerable lucidísimo concurso de todos sexos y calidades, como á la santa doctrina y triunfo glorioso de la fé cristiana, entónces con tantas voces uni-

Frutos del Jubileo de las doctrinas.

das con el mismo espíritu que la confesaban y publicaban. Llegados á la Catedral los padres, era tanto el concurso, y tan piadosas las instancias del pueblo, que temia á la vuelta no hallar lugar en la Casa Profesa, que en diversos ángulos de aquel suntuosísimo templo, en sus puertas y en diversas partes del cementerio se hubieron de distribuir diez y ocho predicadores que esplicasen la doctrina cristiana, y apenas se pudo satisfacer al inmenso gentío. Animaba este fervor el piadoso ejemplo del Exmo. Sr. conde de Baños, y la señora marquesa de Leiba, su esposa, con lo mas lucido de toda la ciudad. Aun contribuyó mucho mas el santo celo del Illmo. Sr. D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de la Puebla y gobernador entonces del arzobispado, vacante por traslacion del Sr. D. Mateo Segué de Burgueiros á la mitra de Leon. El Sr. obispo gobernador, no solo en la Casa Profesa era donde asistia á las doctrinas con singular edificacion, sino aun en las calles públicas promovió mucho este santísimo ministerio. Mas de una ocasion en aquellos dias, encontrando en la calle algunos jesuitas, hacia detener su carroza. Esta novedad juntaba algunos curiosos del pueblo, y su ilustrísima hacia á los padres que esplicasen algun punto de doctrina, oyendo tal vez á estudiantes jóvenes con la mayor atencion. Despues de unas demostraciones tan singulares de piedad y estimacion, no se hará increíble que el dia de Sr. S. José destinado á la comunión general fuese tanto el concurso que en el convento de S. Francisco tuvieron que hacer cuarenta confesores hasta las doce del dia, aun no siendo de las iglesias destinadas para ganar el Jubileo. De aquí se puede inferir los muchos que ocurririan á las iglesias asignadas. En la Catedral fueron tantos, que sin embargo de los muchos confesores que hay ordinariamente y otros muchos que se señalan las cuaresmas, fué necesario que el Dr. D. Nicolás del Puerto, provisor y vicario general, y despues dignísimo obispo de Oaxaca, habilitase para solo este dia con licencias de hombres y mugeres á doce sacerdotes. El número de comuniones en solo la Catedral y la Casa Profesa, pasó de treinta mil, y segun el cómputo que pudo formarse de las demas iglesias señaladas por el ordinario, la suma total llegó á cerca de ochenta mil. ¡Maravillosa fecundidad de la pura y santa doctrina del Evangelio, predicada con fervor, y oída con sinceridad!

Hambre, y de seguida epidemia en las misiones.

En los partidos de misiones fué este año general la hambre y tras ella las epidemias que dieron mucha materia al celo de los obreros evangélicos. En las misiones de la Laguna, la residencia que en

Parras conserva la Compañía, fué el asilo de muchos pobres. El trigo, el maíz, la carne y las mantas se repartian de limosna, y muchas medicinas de las que permite la distancia, fuera de la solícita asistencia á las necesidades espirituales. En el pueblo de Otatitlán de la sierra de Topia, llenó de consuelo al padre Pedro Robles al ver que habiendo confesado la tarde ántes muchos indios tocados del contagio, y yendo por la mañana á decir misa, halló que todos, sanos y enfermos, habian concurrido á la iglesia. Suplicáronle ofreciese el santo sacrificio por la salud del pueblo, y los bendijese despues, y rociase con agua bendita, dándoles tambien para llevarla á sus casas. Condescendió con mucho gusto á sus piadosas súplicas, con tan sensible favor del cielo sobre la sencilla fé de los buenos neófitos, que desde aquel mismo dia comenzó á mitigar, y dentro de poco cesó enteramente la epidemia. De esta misma enfermedad se valió el Señor para traer al bautismo mas de setenta indios entre párvulos y adultos que de la sierra de Tecuchuapa bajaron á Atotonilco, de la administracion del padre Estevan Rodriguez. Tecuchuapa, á los principios del siglo habia sido mision muy florida, que administraron los padres Diego de Acebedo y Gaspar de Najera, de quienes hemos hablado en otra parte. En tiempo del motin de los tepehuanes, por los años de 1616, hubieron de desamparar aquella sierra, que era el asilo de los rebeldes. Por los apóstatas se conservaban aun muchas memorias del cristianismo, de que se valia Dios para la salud de algunas almas escogidas. Fuera de los setenta que hemos dicho, pedian el bautismo muchos otros. Estas son aquellas ocasiones en que el celo de los misioneros quisiera poderse dividir para el bien de muchas almas. El padre Estevan Rodriguez no podia ni traer á su partido todas aquellas naciones, ni apartarse de los pueblos que tenia á su cuidado, ni tampoco aventurar el sagrado carácter del cristianismo á la grosería é inconstancia de unos salvages, que viviendo entre sus parientes idólatras sin pastor, volverian con gran facilidad á sus ritos y costumbres antiguas. Pidió, pues, en carta de 2 de junio al padre provincial Pedro Antonio Diaz, le enviase algun compañero ó sucesor en la mision de Atotonilco, ofreciéndose él á los trabajos y penalidades de aquella nueva mision.

Por este mismo tiempo en el valle de Banderas, costa del mar del Sur en el obispado de la Nueva Galicia, se trabajaba con fervor en la construccion de dos navios para la entrada y poblacion de Californias. Habia D. Bernardo Bernal de Pinadero, en virtud de cierto asiento

Espedicion á Californias.